

hambruna sufrida por las criaturas alemanas durante el bloqueo aliado en 1919.

El esfuerzo duró un año. El 11 de mayo de 1949 los soviéticos levantaron el cerco por vía terrestre, aunque de vez en cuando volvieron a aplicar represalias del mismo estilo. Sin embargo, el bloqueo de Berlín tuvo importantes consecuencias. La primera de todas fue que marcó el punto de inicio formal de la Guerra Fría: la confrontación Este-Oeste era ya evidente. Pero el pulso no había llegado al enfrentamiento directo, lo que justificaba el apelativo de «fría» aplicado a esa peculiar contienda y marcaba un nuevo estilo de tensión internacional. Por otra parte, durante la crisis los aliados occidentales estrecharon su alianza hasta constituir, en abril de 1949, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) como bloque defensivo ante los soviéticos. Ello significaba que los Estados Unidos, líderes del proyecto atlantista, renunciaban formal y permanentemente a su política de aislacionismo militar. Pero la encarnizada disputa por Berlín era en sí misma la expresión de un empate: la brusca desaparición de Alemania como gran potencia regional había dejado un enorme hueco en el centro de Europa que soviéticos y occidentales sólo habían sabido llenar con un rompecabezas de sectores militares de ocupación. Esa contradicción marcaba toda la situación continental.

CAPÍTULO 5

LA «CORTINA DE BAMBÚ»

LA PRIMERA GUERRA FRÍA EN ASIA, 1946-1953

«Caerían en un grave error los pueblos del mundo libre si pensaran que las rebeliones en los países satélites, antirrusas pero no anticomunistas, van a traer consigo la libertad humana y la paz mundial, o que las querellas internas dentro del bloque comunista van a obligar a los rusos a renunciar a sus planes de agresión exterior. Por ejemplo, en 1949, un año después de la ruptura de Tito con Moscú, los comunistas se apoderaron de la China continental, mucho mayor que Yugoslavia tanto en superficie como en población. Esto equivale a perder una Yugoslavia y ganar varias Yugoslavias. Espero que el mundo libre tenga presente este trueque.»

Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek), *La Rusia soviética en China*, 1960.

«Hubiese lanzado entre treinta y cuarenta bombas atómicas [...] a lo largo del cuello de Manchuria [...] dejando tras nosotros un cinturón de cobalto radiactivo, del Mar de Japón al Mar Amarillo.»

General Douglas MacArthur,
recordando sus planes en Corea en una entrevista,
años después de su retiro forzoso.

Hacia finales del verano de 1949, Igor Kurchatov, director del programa nuclear soviético, llevó la carga de la primera bomba nuclear al despacho de Stalin en el Kremlin. Era una pequeña esfera de unos diez centímetros de diámetro revestida de níquel. El dictador soviético manipuló la bola con suspicacia, escéptico hasta el último momento a pesar de que por entonces medio millón de personas trabajaban para el programa nuclear en la URSS. La reacción de Lavrenti Beria, el jefe de la policía secreta, fue aún más desconfiada: hasta diez minutos antes de la primera prueba, efectuada el 25 de septiembre de 1949, no creyó que ésta tuviera éxito. Cuando se desencadenó la explosión, Beria siguió dudando y telefoneó a un experto ruso que había sido testigo de la prueba atómica norteamericana en el atolón de Bikini. La finalidad de la llamada era la de cerciorarse sobre si la nube en forma de hongo era análoga a la producida por la bomba soviética.

Esta anécdota revela la ansiedad en la que vivió la dirección soviética desde que los norteamericanos lanzaron sus bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Stalin no creía seriamente en la posibilidad de que los estadounidenses se lanzasen a una guerra contra la URSS, al menos a corto plazo. Pero sí estaba profundamente frustrado porque consideraba que los EE UU habían ganado la guerra contra los alemanes y los japoneses con cierta comodidad, sin que su territorio se viese afectado por los combates y a un coste relativamente bajo en vidas humanas. Las 300.000 víctimas militares norteamericanas y las aproximadamente 40.000 vidas civiles truncadas fuera del territorio continental norteamericano contrastaban con la devastación humana y material que había sufrido la URSS. La Unión Soviética tuvo 8.600.000 bajas militares más otros dieciocho millones de muertos civiles en su propio territorio. De ahí la amargura rusa ante el hecho que los americanos se anticiparan en el descubrimiento del arma definitiva.

A Stalin le preocupaba que los norteamericanos utilizarasen la posesión de la bomba para presionar a Moscú a la hora de negociar los acuerdos de posguerra. Así, la «diplomacia atómica» de Washington, que efectivamente se puso en práctica, cosechó más bien reacciones especialmente intransigentes de los soviéticos, decididos a no mostrar debilidad. El bloqueo de Berlín formó parte de esa actitud soviética y fue, en cierta medida, un prolegómeno a la transformación de la URSS en potencia nuclear y principal adversario militar de los EE UU. A partir del cerco berlinés, y de hecho ya durante su transcurso, la Guerra Fría alcanzó rápidamente cotas de violenta exasperación, azuzada ahora por la carrera nuclear. El proceso, que había comenzado inadvertidamente en 1941, había llegado a su madurez en 1949.

El éxito ruso en Asia

Los escenarios que iban a llevar los primeros meses de la Guerra Fría a un punto de rápida y violenta crispación no sólo eran europeos. De hecho, aún antes de la crisis griega, soviéticos y angloamericanos se habían enfrentado en Irán por el control de los pozos petrolíferos y la penetración política en la zona. Durante la Segunda Guerra Mundial

los soviéticos habían ocupado el norte del país e implantado sendas repúblicas «autónomas» azerbaiyana y kurda. Por su parte, los británicos fomentaron rebeliones antigubernamentales en el sur, hasta lograr que el gobierno iraní se decidiese por el bando occidental en 1946. Pero la gran conmoción, ya en los primeros meses de la Guerra Fría, llegó en enero de 1949 con la victoria de las tropas comunistas en China contra el ejército nacionalista del Kuomintang. Si en Europa los escenarios de la posguerra presentaban, por razón de las conferencias y de la misma presencia de fuerzas soviéticas y americanas, una cualidad estática, Asia se revelaba como un área mucho más fluida.

El hecho tuvo tanto más impacto al otro lado del océano Pacífico en la medida en que los norteamericanos creían tener una relación privilegiada con China. Aparte de la intensa labor misional que habían desarrollado allí [el mismo presidente Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek) era metodista], miles de chinos habían emigrado a los Estados Unidos desde mediados del siglo XIX, terminando por conformar una presencia numéricamente importante. A lo largo de muchos años, los norteamericanos se habían hecho grandes ilusiones de entrar a fondo y transformar a China en un inagotable mercado. Desde 1937, en los Estados Unidos se había seguido con especial simpatía la resistencia china ante la agresión japonesa. En la Segunda Guerra Mundial, los chinos terminaron de labrarse —al menos en la prensa norteamericana y en el *Time* de Henry Luce en particular— una sólida reputación de combatientes coriáceos, un verdadero bastión frente a la agresión totalitaria. Pero tras la contienda, el mito se derrumbó en menos de tres años, a pesar de las ingentes inversiones norteamericanas en ayuda a Chiang. Además, la victoria comunista fue vista como un triunfo ruso en el histórico «gran juego» que moscovitas e ingleses habían practicado en Asia Central y el Norte de la China desde mediados del siglo anterior.

La presencia comunista en China era determinante desde hacía dos décadas. El Partido Comunista Chino (PCCh), fundado en 1921, había logrado sobrevivir entre las convulsiones políticas y la guerra civil de los años veinte. En 1931, los comunistas, que contaban con un ejército propio de 300.000 hombres y habían logrado movilizar a los campesinos de Kiangsi, proclamaron en esta provincia un precario gobierno provisional soviético de China. En 1934, Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek), el generalísimo de los ejércitos nacionalistas y republica-

nos, lanzó una eficaz ofensiva contra el sóviet de Kiangsi. Para ello contó con el asesoramiento de cuadros militares procedentes de la Alemania nazi, curiosa relación que más adelante acabó anulándose por los pactos del Eje. Desalojados de su reducto, los comunistas emprendieron la Larga Marcha, que duró dos años. En 1936, los comunistas y su Ejército Rojo lograron establecerse, tras cruzar China de sur a norte y de oeste a este, en la remota e inhóspita región de Shensi.

Como ocurriría en muchos países, la Segunda Guerra Mundial fue una excelente oportunidad para el crecimiento de un disciplinado partido comunista. Cuando los japoneses ocuparon el norte y centro de China, el PCCh amplió su área de influencia infiltrando guerrillas. La situación geográfica de la base de Shensi demostró ser eficaz para ello. En agosto de 1945 los comunistas chinos controlaban un millón de kilómetros cuadrados de territorio en el que vivían cien millones de personas y contaban con un líder carismático en la persona de Mao Zedong.

La contienda civil entre los comunistas y los nacionalistas republicanos del Kuomintang había quedado aplazada por el desarrollo de la guerra común contra el invasor japonés. Pero con la derrota nipona parecía que el enfrentamiento podría recomenzar en cualquier momento. De hecho, el escenario chino había jugado un papel muy importante en la progresiva definición de las tensiones inter-aliadas durante la Segunda Guerra Mundial. Bajo el teórico mando de Jiang (Chiang), la dirección militar era ejercida por los generales norteamericanos Stilwell (como jefe de operaciones) y Chennault (al mando de la aviación). Sin embargo, los nacionalistas chinos jugaban a enfrentar al uno contra el otro, al mismo tiempo que Jiang (Chiang) pretendía acumular el máximo de recursos para su eventual lucha final con los comunistas. Esto le hacía evitar calculadamente las batallas o los planes americanos. Desde la India, los británicos desconfiaban de su hipotético aliado chino, tanto en la vertiente comunista como en la nacionalista, contemplado como un peligro implícito más para la supervivencia del imperio. Para Londres, la única justificación de la alianza con los chinos era aliviar la presión nipona en Birmania. Pero esto precisamente no interesaba para nada a Jiang (Chiang).

De la falta de combatividad antijaponesa de los nacionalistas chinos surgió el relativo interés de algunos asesores políticos estadounidenses

por los comunistas, que sí llevaban a cabo una lucha agresiva contra los invasores. Por su parte, Jiang (Chiang) supo crearse una base política en la opinión pública americana, con la intención de rebajar a Stilwell. Al mismo tiempo, dado el inmenso coste de la contienda para la población china, el generalísimo exigía una más rápida conclusión de la lucha contra el Japón. En esencia, Jiang (Chiang) pretendía que los americanos —y los británicos— le ganasen la guerra contra el militarismo nipón y le dejasen libre y bien equipado para hacer frente a los comunistas. Pero los americanos estaban ansiosos de atraer los soviéticos al esfuerzo común contra Tokio, postura poco secundada por los chinos o por los británicos.

De hecho, Stalin sólo atacó al Japón tras las bombas de Hiroshima y Nagasaki, a fin de asegurar su participación en el cierre de la contienda. En agosto de 1945, tropas soviéticas ocuparon Manchuria, desmontando y enviando a Rusia la importante infraestructura industrial erigida por los japoneses en su Estado títere de Manzhuguo, al tiempo que traspasaban las armas capturadas a los comunistas chinos. La presencia norteamericana en China y la soviética en Manchuria eran numéricamente importantes y el enfrentamiento entre comunistas y nacionalistas no era ya un episodio desconocido y marginal en un país remoto. Pero aunque pudiera parecer paradójico, ni Moscú ni Washington estaban muy interesados en atizar los enfrentamientos entre chinos. Los soviéticos sólo mantuvieron una atención relativa por sus camaradas asiáticos, especialmente después de que retiraron sus fuerzas de Manchuria en 1946, si bien siguieron interesados en la zona manchuriana incluso después del triunfo comunista, cuando una purga de prosoviéticos en la dirección del partido chino les cortó definitivamente el camino. La displicencia rusa frente a sus correligionarios era reflejo de la contradictoria política que en los años veinte había desplegado la Komintern en relación con China: al mismo tiempo que favorecía el fraccionamiento del histórico territorio imperial chino (por ejemplo, construyendo un Estado títere en Mongolia Exterior tras 1922), los soviéticos persiguieron una política más proclive a la colaboración unitaria con los nacionalistas —por su antiimperialismo— que al protagonismo comunista. La cuestión china había sido, a su vez, uno de los principales puntos de la controversia en la disputa política entre Trotsky y Stalin. En junio de 1944, éste se refirió a los

camaradas chinos como «comunistas de margarina» en una reunión con Averell Harriman.

En 1945 Moscú no se veía con fuerzas como para controlar China directamente —menos aún con los problemas que enfrentaba en Europa— y confiaba poco en la capacidad militar de los comunistas chinos, lo que pareció comprobarse cuando en una breve batalla contra el Kuomintang éstos perdieron el estratégico paso de Shanhaikwan, en los límites de Manchuria, entregado por los rusos a sus camaradas poco tiempo antes. Los norteamericanos estaban aún más desilusionados con Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek) y el Kuomintang. En 1942 se creía que los ejércitos del «generalísimo» Chiang formarían parte esencial de un ataque aliado contra el Japón lanzado desde China: de ahí, la participación del jefe del Kuomintang en aparente pie de igualdad con Churchill y Roosevelt en la Conferencia de El Cairo en noviembre de 1943. Pero, a lo largo de la contienda, el peso principal de la ofensiva americana se desarrolló en el Pacífico, y, progresivamente, a ojos de los planificadores estadounidenses, China se convirtió en un frente secundario. En parte, eso tuvo que ver con la incapacidad militar china, fruto de la dilación de Jiang (Chiang). Durante la guerra, los norteamericanos habían podido constatar que la administración del Kuomintang, falta de liderazgo, estaba profundamente corrompida y debilitada. Pero no tenían otra carta que jugar en China.

Una vez terminada la Guerra Mundial, los analistas norteamericanos concluyeron acertadamente que en una guerra civil contra los comunistas cabía el riesgo de que China terminara siendo controlada por Moscú. Se optó por una solución realista, en sintonía con los deseos de Moscú, y en octubre de 1945 se intentó forzar a Jiang (Chiang) y a Mao a formar un gobierno de coalición. La experiencia nació muerta. Enfrentados al dilema de intervenir masivamente en China o abandonarla a su suerte, Truman optó por enviar al general Marshall como mediador. La operación fracasó y en julio de 1946 recomenzó la guerra civil. Repitiendo la línea estratégica de los años treinta, Jiang (Chiang) inició el ataque contra los comunistas y en los primeros momentos las tropas del Kuomintang obtuvieron resonantes éxitos en el norte del país y hasta capturaron la ciudad de Yenan, centro político de Mao. Pero el espejismo duró poco tiempo. En su euforia, la camarilla de generales que rodeaba a Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek) consideró que la guerra

estaba ganada y comenzó a repartirse el botín. Se sustituyeron mandos competentes por favoritos del líder incluso en zonas cruciales del frente y se boicotearon los eficaces esfuerzos de algunos generales o políticos locales. Esa tendencia continuó hasta el final y generó una increíble confusión e incapacidad en la estructura de mando del ejército del Kuomintang. Los resultados fueron catastróficos y se vieron aún más amplificadas por la tendencia de los estrategas nacionalistas a concentrarse en la defensa de las ciudades, desatendiendo el campo.

En poco tiempo los nutridos ejércitos nacionalistas se desvanecieron ante el empuje de fuerzas comunistas muy inferiores en número, pero más disciplinadas, motivadas y mejor dirigidas. En sólo cuatro meses y medio, de septiembre de 1948 a enero de 1949, los nacionalistas vieron esfumarse el 45% de sus fuerzas; sólo en la larga batalla de Hsuechow perdieron más de medio millón de hombres y tuvieron 327.000 prisioneros. Aun teniendo en cuenta la corrupción reinante en el Kuomintang, su vertiginoso hundimiento y la integración en el bloque comunista de una potencia humana como China, con cerca de quinientos millones de habitantes, parecía tener algo de diabólico.

En los Estados Unidos, la caída de China en manos comunistas catalizó unos fenómenos que venían fraguándose desde los mismos orígenes de la Guerra Fría. Así, inquietaba la fuerza de los sindicatos, que habían crecido mucho como consecuencia de su apoyo al esfuerzo de guerra y eran uno de los instrumentos sociales históricamente protegidos por el Partido Demócrata, que en 1950 llevaba ya casi veinte años en el poder. Por otra parte, nuevos grupos étnico-sociales estaban ascendiendo de forma palpable en la sociedad americana de aquellos años: judíos, italianos o irlandeses, entre otros, poseían ya sus propias clases medias cada vez mejor situadas. La tradicional clase dirigente de anglosajones protestantes comenzaba a ver amenazados algunos de sus bastiones de poder social y económico.

Todos estos factores se entremezclaban entre sí en un ambiente de creciente histeria colectiva. Los sindicatos podían ser el caballo de Troya de una ofensiva izquierdista. La nueva influencia de determinadas colectividades de inmigrantes de la segunda o tercera oleada parecía prometer turbadores trastornos sociales también en sentido izquierdista. Síntoma de estas sospechas era la encuesta que desde 1947 llevaba a cabo el Comité de Actividades Antiamericanas en medios cine-

matográficos, donde los empresarios y actores judíos eran corrientes. Obviamente, se sospechaba que en el «star system» estaba germinando algún tipo de conspiración que, dado el peso de la cultura cinematográfica en Norteamérica, tendría desastrosas consecuencias.

Para los sectores más conservadores, el Partido Demócrata, con su longeva permanencia en el poder, parecía tolerar, cuando no alimentar, esas transformaciones. En 1945, la desertión de Igor Guzenko, oficial de cifrado de la Embajada soviética en Ottawa, Canadá, había servido para descubrir que existía una red de espionaje de alto nivel en los Estados Unidos. En el ambiente de entendimiento soviético-norteamericano de fines de la guerra mundial, la noticia no tuvo un gran impacto. Pero a partir de 1948 se volvió a investigar el tema como parte de una dura ofensiva del Partido Republicano. Esta vez ya salieron a la luz los nombres de importantes cargos del Departamento de Estado: Alger Hiss, uno de los cerebros del New Deal rooseveltiano en los años treinta, diplomático enviado a la conferencia de Yalta y cofundador de la ONU; Harry Dexter White, quien durante la contienda había trabajado en el Departamento del Tesoro norteamericano, había sido uno de los organizadores de la conferencia de Bretton Woods y posteriormente se había convertido en el primer director del Fondo Monetario Internacional en 1945. Eran escándalos muy difíciles de digerir que transcurrían mientras en Europa acaecía el bloqueo de Berlín. Al poco serían detenidos destacados físicos nucleares: Klaus Fuchs y el matrimonio Rosenberg, ambos de origen judío, ejecutados en la silla eléctrica en 1953. Tal estado de creciente alarma revelaba que los EE UU habían encontrado, por primera vez en su historia, un enemigo a su altura, capaz de llegar hasta las mismas puertas del país e incluso infiltrarse en selectos estamentos que siempre se habían creído a prueba de traidores. Y si entre las elites había renegados, cabía pensar que el mal estaba muy extendido por toda la sociedad. La sospecha generalizada que cobraba cuerpo en los EE UU no era sino la expresión más depurada del «síndrome de 1941» que tomaba consistencia a fines de los años cuarenta.

El surgimiento de la «China roja» fue aprovechado a fondo por los republicanos para lanzar una agria ofensiva en política interior. Richard Nixon era una de las cabezas visibles de este ataque contra los demócratas, dirigido primero contra el Departamento de Estado, el sector más elitista de la administración. Se pidieron responsabilidades a los

diplomáticos y analistas expertos en China (que en general habían interpretado bien la evolución del conflicto). Pero el fenómeno pronto cobró nueva envergadura cuando en febrero de 1950 el senador norteamericano Joe McCarthy, presidente del Comité de Actividades Antiamericanas, denunció en un discurso sus sospechas de un complot comunista en el Departamento de Estado y dijo poseer una lista con 205 nombres. Poco tiempo después McCarthy lograba que se aprobaran en el Congreso la International Security Act, que permitía investigar las actividades comunistas; meses más tarde, fue seguida por la Immigration and Nationality Act, destinada a exigir la fidelidad a los EE UU por parte de extranjeros e inmigrantes. A esas alturas, la historia era ya total y se veía amplificada por pequeños demagogos en las cámaras legislativas y casi desconocidas comisiones estatales ansiosas de cobrar preeminencia. De hecho la mezcla de oportunismo y miedo había roto los moldes del enfrentamiento entre republicanos y demócratas. En esas circunstancias, en junio de 1950, estalló la guerra de Corea.

La «acción policial» en Corea

La situación en la lejana península asiática se había ido degradando a partir de unas pautas que ya eran características de la Guerra Fría. Corea, un antiguo reino, había caído en poder de los japoneses en 1910, convirtiéndose en una mera colonia estrechamente sujeta a la administración y la voluntad de Tokio. El desprecio racial de los japoneses hacia los coreanos había dado lugar a graves humillaciones suplementarias. La situación se prolongó hasta los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando las tropas soviéticas entraron en el país por el norte. Pocas semanas después, los norteamericanos desembarcaban en Seúl, la capital histórica. Los límites del avance de esos contingentes se fijó sobre la marcha: el paralelo 38.

A diferencia de lo ocurrido en Alemania, nadie tenía una intención previa de dividir Corea en dos áreas de influencia. En realidad, en la Conferencia de El Cairo, en 1943, se les había prometido a los coreanos la independencia. Pero ni Washington ni Moscú se fiaban uno del otro lo suficiente como para retirarse de la península. Los norteameri-

canos, en especial, tenían miedo a los cuadros políticos coreanos que habían entrado en el país con las tropas soviéticas. Miles de comunistas coreanos habían luchado con las tropas de Mao, en China, y ahora tenían capacidad para gobernar toda Corea, a través de los comités populares que surgían por doquier.

Las autoridades norteamericanas de ocupación se resistieron a ese poder político emergente. Mantuvieron en su zona la estructura administrativa heredada de los ocupantes japoneses y ayudaron a Syngman Rhee, un político que había encabezado el gobierno coreano en el exilio mientras el país era todavía una colonia de Tokio en su regreso a Corea. Con Rhee creció la influencia de las tendencias conservadoras y derechistas. Y así, su asentamiento en el poder supuso el rechazo a la depuración de los antiguos colaboradores con los japoneses y, sobre todo, de la reforma agraria, una medida muy esperada por el campesinado coreano. Asimismo, dado que el Partido Comunista tenía apoyos sociales muy sólidos en el sur, se organizaron duras campañas de persecución contra sus seguidores.

La situación se decantaba rápidamente hacia una división de Corea en dos estados. En el norte los soviéticos apoyaban a Kim Il Sung, un antiguo líder guerrillero que pronto se asentó en el poder, depuró a sus oponentes y puso las bases de un régimen estalinista basado en el culto a su persona. Por otro lado, la consolidación en el poder de los comunistas se sostendría sobre la ampliación del apoyo popular conseguida a través de una reforma agraria que, al evitar el modelo colectivista soviético, respondía a la generalizada demanda de tierra en la Corea de los años cuarenta. Conforme pasaba el tiempo, se desvanecía la posibilidad de que Corea sobreviviera como un Estado unificado. Soviéticos y americanos lo habían intentado en la conferencia de Moscú, en 1945, pero los partidarios de Rhee se habían negado a aceptar una administración fiduciaria soviético-norteamericana. Dos años más tarde, los soviéticos hicieron un nuevo intento. Una comisión viajó a Seúl e intentó pactar con los norteamericanos una retirada simultánea de tropas, pero éstos se negaron y trasladaron el asunto a las Naciones Unidas. Allí se votó la convocatoria de elecciones en la zona sur.

Buena parte de los políticos coreanos del sur se dieron cuenta de que esos comicios, a celebrar en la primavera de 1949, consumarían la división del país y abrirían las puertas a graves conflictos. En conse-

cuencia, decidieron boicotear la consulta, a la que sólo acudieron dos partidos y que se celebró en medio de una fuerte abstención. De las elecciones emergió Syngman Rhee como presidente, quien inmediatamente proclamó la República de Corea del Sur, reivindicando la representación para todo el país. Como respuesta, Kim Il Sung proclamó a su vez la República Popular Democrática de Corea. Los efectos de la Guerra Fría en Europa y la rápida derrota de los nacionalistas chinos se estaba haciendo notar claramente en la partición definitiva del país.

La situación política estaba muy enrarecida e iba a peor. En el sur la economía atravesaba momentos desastrosos desde 1948 y las guerrillas comunistas, integradas por campesinos muy pobres y casi desarmados, prácticamente controlaban algunas regiones. En la isla de Cheju, en el extremo sur, se produjo un levantamiento generalizado en la primavera de 1948. La represión fue muy cruel y se saldó con 30.000 asesinatos y ejecuciones. En octubre un regimiento del ejército se amotinó en la ciudad de Yosu cuando iba a ser embarcado para Cheju, y la rebelión se extendió por toda la provincia. De nuevo, en mayo de 1949, fueron dos los batallones de tropas de frontera las que desertaron huyendo al Norte con armas y equipo. En el verano de 1949 los choques entre tropas de ambas repúblicas eran frecuentes a lo largo del paralelo 38, incluyendo duelos de artillería e incursiones mutuas dentro del territorio enemigo.

Los norteamericanos, obsesionados por su fracaso en China y faltos de una política global asiática bien definida, se mostraban cada vez más incómodos con la situación. Tras la derrota de los nacionalistas chinos en la guerra civil y la huida de Chiang a Formosa, Dean Acheson, el secretario de Estado norteamericano, explicó que los Estados Unidos no se implicarían directamente en China. En realidad, Acheson estaba ansioso por centrar la atención norteamericana en el ámbito atlántico y europeo. En enero de 1950, en una conferencia celebrada en el National Press Club, llegó a trazar una línea que declaraba a Japón parte del perímetro de defensa norteamericana en Asia, pero que dejaba fuera a Corea y Formosa. Las tropas norteamericanas se habían terminado de retirar de Corea del Sur en junio de 1949, y los soviéticos lo hicieron pocos meses más tarde.

Tanto Washington como Moscú dejaron detrás dos ejércitos coreanos entrenados y equipados. Los norteamericanos, temiendo la agresi-

vidad del presidente Syngman Rhee, se preocuparon de crear unas fuerzas armadas de carácter defensivo, que impidieran sus sueños de invasión del Norte comunista. Sin embargo, incluso como contingente defensivo el cálculo fue deficiente, dado que las tropas carecían de carros de combate y sus mandos estaban faltos de experiencia. Frente a ellos, un tercio de los 150.000 soldados comunistas coreanos eran veteranos de la guerra civil china y contaban con 242 carros de combate y 211 aviones. Por eso, cuando el 25 de junio de 1950 las tropas de Corea del Norte iniciaron la invasión del Sur, el ejército de Rhee se desmoronó con rapidez.

Con el trauma de la caída de China todavía muy reciente, el macarthismo en pleno auge, y dada la proximidad geográfica del Japón a la península de Corea, el gobierno norteamericano decidió intervenir por medio de las Naciones Unidas. El Consejo de Seguridad se reunió en sesión de urgencia y aprobó el envío de tropas a Corea bajo la bandera de la ONU. La maniobra fue posible porque la delegación soviética, única del bloque comunista representada en el Consejo de Seguridad, estaba ausente. El motivo era, precisamente, presionar para que la China comunista fuera admitida en ese foro. Esta situación tan extraña parece probar por sí sola que Moscú no estaba enterado con antelación del ataque organizado por Corea del Norte, pues en ese caso la delegación soviética hubiera acudido al Consejo de Seguridad y vetado sin problemas el envío de tropas para detener su ofensiva. Apparentemente, la tensión en Corea había crecido con su propia dinámica de Guerra Fría interna, en torno a Kim Il Sung y Syngman Rhee, sin necesidad de teledirección desde Moscú y Washington.

En el terreno militar, los norteamericanos reaccionaron rápidamente enviando tropas a Corea del Sur. Detrás seguirían contingentes de otros países. La mundialización de la Guerra Fría se plasmaba en las unidades militares de Gran Bretaña, Australia, Canadá, Francia, Bélgica, Holanda, Turquía, Grecia, Tailandia, Filipinas, Pakistán, Cuba, Colombia, Perú, Chile, Brasil y Etiopía. Sin embargo, el avance norcoreano resultaba fulminante y las fuerzas norteamericanas y de las Naciones Unidas quedaron acorraladas en el extremo sureste de Corea, el denominado «perímetro de Pusan». El general MacArthur, jefe de las fuerzas americanas en el teatro del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, había permanecido como jefe supremo de las fuerzas de ocu-

pación en el Japón. Debido a su posición de evidente influencia, ostentoso militar norteamericano fue designado por el presidente Truman y el Consejo de Seguridad como comandante en jefe de las fuerzas de las Naciones Unidas para la crisis coreana. Ante la crítica situación MacArthur elaboró un plan intrépido consistente en desembarcar un contingente de fuerzas norteamericanas tras las líneas coreanas, en Inch'on, cerca de Seúl. La arriesgada operación, llevada a cabo el 15 de septiembre, consiguió cortar las líneas de abastecimiento de los norcoreanos y hundió todo su frente en Pusan, a lo que siguió una precipitada retirada de las fuerzas comunistas hacia Corea del Norte.

La victoria de los ejércitos aliados no sólo cambió el curso de la guerra, sino también su significado político. La intervención de las Naciones Unidas se había producido en base al objetivo de ayudar al gobierno de Corea del Sur ante la agresión comunista. Sin embargo, la reconquista del terreno perdido creó un clima de euforia del que se aprovecharon tanto el ambicioso Rhee como el ferozmente anticomunista MacArthur. Así, a principios de octubre las tropas de Corea del Sur cruzaron el paralelo 38 e iniciaron la invasión de Corea del Norte. Casi inmediatamente, el presidente Truman aprobó las peticiones de MacArthur para secundar esta acción. Según el general, Corea no era sino parte de un conflicto más amplio cuya clave era Asia. Era ahí donde los comunistas habían querido poner en práctica sus planes de dominación mundial, y por tanto, terminaba: «Ya que nos hemos implicado y participamos en la batalla, hemos de vencer. No hay un sucedáneo para la victoria».

El 7 de octubre, y a remolque de esta actitud, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó una resolución para que las fuerzas bajo su mandato en Corea atravesaran el paralelo 38, cuando de hecho eso ya había ocurrido. Así, las Naciones Unidas habían cambiado sobre la marcha el objetivo de su participación en la guerra, decretando ahora la puesta en marcha de una operación de castigo para destruir el Estado norcoreano e imponer como presidente en todo el país a Rhee. La resolución agravaba la ambigüedad de objetivos que envolvía la misión de las Naciones Unidas en Corea. Por otra parte, las fuerzas de la ONU no habían contado con la reacción de la República Popular China, fronteriza con Corea del Norte y con un régimen político afín. El 2 de octubre, Pekín había advertido a los norteamericanos que no

toleraría una invasión de Corea del Norte. Pero como el aviso había sido discreto, a través del embajador de la India en la capital china, y el régimen maoísta contaba apenas con un año de vida, Washington no tomó la advertencia en consideración. El alto mando norteamericano incluso se negó a creer en el peligro cuando a mediados de octubre se hizo evidente la presencia de las primeras tropas chinas en Corea. De hecho se pensaba que la victoria total estaba al alcance de la mano, dado que las vanguardias norteamericanas habían alcanzado la frontera con China en el río Yalu. Por eso, cuando a fines de noviembre los chinos contraatacaron con fuerza, las fuerzas de las Naciones Unidas sufrieron una humillante derrota y hubieron de retirarse apresuradamente hacia el Sur.

La implicación del ejército chino cambió de nuevo los objetivos de la guerra. Para los norteamericanos, que llevaban, con mucho, el peso de la contienda, derrotar a los chinos hubiera implicado un esfuerzo nacional comparable al que se había necesitado para ganar la Segunda Guerra Mundial. Pero, sobre todo, existía el peligro de derivar en una Tercera Guerra Mundial, esta vez con armas nucleares ante la previsible intervención de los soviéticos. Por tanto, la fuerza de los hechos impulsó un nuevo concepto: el de «guerra limitada», en el cual victoria o derrota pasaban a ser objetivos relativos y hasta secundarios. La aceptación de este principio supuso toda una revolución en la doctrina militar norteamericana, pero sería esencial durante el resto de la Guerra Fría, muy marcada por la proliferación nuclear, y aún después.

Las fuerzas de las Naciones Unidas perdieron de nuevo Seúl y lo volvieron a reconquistar. Pero hacia el verano de 1951, un año después del inicio de la guerra, los frentes se estabilizaron definitivamente. Por entonces, el general MacArthur todavía creía firmemente que un ataque nuclear contra cinco ciudades chinas era la única manera de terminar la guerra rápidamente consiguiendo una neta victoria para el bando norteamericano. Éste era un estado de opinión relativamente extendido entre los mandos americanos. Más adelante, en el otoño de 1951, se llevó a cabo la denominada Operación Hudson, consistente en lanzar ataques puntuales contra Corea del Norte utilizando enormes bombas convencionales que simulaban ser ingenios atómicos. Pero, dado que era el comandante en jefe, el empecinamiento del general MacArthur resultaba especialmente peligroso y amenazaba con convertir la situa-

ción en incontrolable, por lo cual el presidente Truman lo destituyó de manera fulminante. En los Estados Unidos, en plena «caza de brujas» y demagogia maccarthista, el militar fue recibido como un héroe popular. En lo que se refiere a la dinámica de Guerra Fría, la desaparición de MacArthur cerraba el período, abierto en marzo de 1947 al hacerse pública la Doctrina Truman, que abría la posibilidad de un enfrentamiento directo mediante armas atómicas entre las grandes potencias.

En Corea la contienda entró en una segunda fase. La guerra era ahora de posiciones y su dinámica respondía a los encuentros entre las delegaciones norteamericana y norcoreana para pactar un armisticio. Las conversaciones, interminables y desesperantes, se prolongaron durante dos años y quedaban frecuentemente encalladas en torno a temas como la situación de las líneas reales del frente o el destino de los prisioneros de guerra. A veces, detalles simbólicos como el tamaño de las banderas respectivas o la altura de las sillas utilizadas por las delegaciones cobraban una importancia desmesurada. Mientras se discutían estos aspectos, la guerra seguía y los puntos estratégicos conquistados se utilizaban para influir en cada una de las sesiones de negociación. Los norteamericanos recurrían a su poderosa aviación para mermar la capacidad de resistencia del enemigo atacando la retaguardia comunista y destruyendo la práctica totalidad de pueblos o ciudades del Norte.

La paz llegó a Corea por una conjunción de circunstancias. En 1952, el general Eisenhower se convirtió en el nuevo presidente de los Estados Unidos. Una de las razones de su victoria electoral fue precisamente la promesa de que terminaría con la pesadilla de la guerra. En tal sentido, el nuevo presidente dejó bien claro que podría reactivar tácticamente la amenaza de recurrir al arma nuclear para forzar una negociación con los norcoreanos. En marzo de 1953, moría Stalin. Aunque el carácter del régimen soviético no cambió de un día para otro se produjo un principio de distensión que incluyó, por ejemplo, el regreso de Molotov al Ministerio de Asuntos Exteriores. Por otra parte, las últimas ofensivas de los comunistas se habían saldado con enormes pérdidas, pero los norteamericanos tampoco podían encajar un número de bajas que, aunque menor, era políticamente inaceptable. El armisticio se firmó el 27 de julio de 1953 y tuvo como protagonistas a coreanos del Norte, chinos y norteamericanos con exclusión del gobierno surcoreano: Rhee se mostraba decidido a continuar la guerra. En cualquier

caso, fue una contienda sin vencedores ni vencidos. Los resultados fueron devastadores: 900.000 combatientes chinos y 520.000 norcoreanos resultaron muertos, así como dos millones de civiles. Los americanos habían arrojado 600.000 toneladas de bombas arrasando todas las ciudades, pueblos y presas del Norte. Las fuerzas de las Naciones Unidas sufrieron unas 150.000 bajas, pero aunque sobre el terreno eran relativamente escasas, la opinión pública de los respectivos países las consideró con alarma.

La guerra de Corea terminó por convertirse en un conflicto olvidado y casi desconocido para las generaciones posteriores, entre otras razones porque la televisión estaba aún en sus comienzos y no tardó en ser eclipsada por la guerra del Vietnam. Sin embargo, tuvo importantes consecuencias. Evidentemente, fue la primera gran intervención militar de fuerzas de las Naciones Unidas. Pero, sobre todo, fue la primera y única gran contienda convencional, de principio a fin, entre ejércitos comunistas y occidentales. De hecho, durante un tiempo la Guerra Fría se había transformado en una contienda real. También era novedosa la influencia de los arsenales atómicos norteamericanos y soviéticos que hicieron temer una guerra nuclear pero a la postre mantuvieron localizado el conflicto.

Los norteamericanos, en particular, quedaron impresionados por la dureza y habilidad de los combatientes comunistas. «Convertidos» los japoneses a la cultura occidental, la imagen negativa del combatiente nipón de la Segunda Guerra Mundial pasó ahora a chinos y coreanos, convertidos en «japoneses rojos». También impactó la calidad de las armas de origen soviético: los carros de combate T34 y sobre todo los reactores MiG 15. Todo ello endureció aún más las actitudes extremistas en los Estados Unidos. Para 1954, el Consejo de Seguridad Nacional —el organismo coordinador de crisis del gobierno norteamericano— ya había discutido en cinco ocasiones el uso de armas atómicas en Asia. Parecía lo más apropiado para detener la «marea amarilla». La producción de la nueva bomba de hidrógeno también estuvo relacionada con la posibilidad de ser utilizada en Asia. Por otra parte, los soviéticos se enfrascaron en la carrera atómica y los chinos empezaron a trabajar de firme para entrar en el «club nuclear».

La guerra de Corea impulsó el rearme convencional del ejército norteamericano, que hasta entonces había considerado erróneamente

que con la bomba atómica tenía bastante para prevenir cualquier amenaza exterior. El aumento sustancial en los presupuestos de defensa vino acompañado por el despliegue de nuevas bases norteamericanas en Gran Bretaña, España, Marruecos, Libia y Arabia Saudí. El activismo desarrollado por la diplomacia estadounidense para vencer las reticencias de sus aliados franco-británicos al nuevo papel reservado a Alemania occidental tuvo su complemento en el apoyo directo a los ejércitos franceses que continuaban resistiendo en Vietnam. Los EE UU, en definitiva, demostraron que estaban dispuestos a personarse en cualquier parte del mundo para detener la expansión comunista, y eso se notó pronto: hoy se sabe que en 1950 los soviéticos no invadieron a la discolpa Yugoslavia ante el temor de una implicación norteamericana.

La intervención en un rincón tan alejado como Corea se había efectuado asimismo en función de viejos síndromes: no sólo el de 1941, sino también el de 1938. Claudicar ante el totalitarismo sería como ceder de nuevo Checoslovaquia a Hitler y enfrentarse poco después a una nueva guerra continental o mundial. Ese mecanismo, que pronto sería conocido como «teoría del dominó», sería la base del intervencionismo militar occidental en la Guerra Fría e incluso después. De momento, y a partir del resultado de las guerras de China y Corea, las potencias occidentales, tras ver cómo caía un «telón de acero» entre comunistas y capitalistas en Europa, contemplaban el surgimiento de una «cortina de bambú» en Asia.